



**VISITA DEL PAPA FRANCISCO
A LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO
Roma, 15 de junio de 2014**

Saludo del profesor Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de Sant'Egidio

Padre Santo,

Nos alegra recibirle aquí. Gracias por su amabilidad en visitar a la Comunidad. Nosotros nacimos en Roma en el mundo del 68: tiempo del don del Concilio, de impulso vital de los jóvenes y también de ideología imperante. En aquel clima encontramos el Evangelio, que nos llevó a ser Comunidad y hacia las periferias de Roma. Nos movía el sueño de ser Iglesia de todos, y especialmente de los pobres. Ese sigue siendo nuestro sueño.

La "periferia" ha sido nuestro norte durante cuarenta y cinco años, primero en Roma y luego en todo el mundo, como en África, a la que tanto amamos, que está en el corazón de Sant'Egidio y es su corazón. Soñábamos en cambiar Roma y el mundo. ¿Una ilusión? No lo fue cuando entendimos, gracias a la Biblia, que "El punto de Arquímedes del que hay que servirse para levantar el mundo consiste en transformarse a uno mismo", como decía Martin Buber. Cambiarse a uno mismo... La Palabra de Dios, escuchada conjuntamente en las oraciones comunitarias de cada día aquí y en los distintos lugares donde estamos, ha enseñado a pecadores altaneros una vida más humilde en el camino de todos. Somos gente corriente pero no por eso estamos condenados a la resignación. La Palabra crece en nosotros al leerla. Enciende la esperanza: no hemos renunciado al sueño de cambiar el mundo, y tampoco el sueño se ha petrificado en la ideología o se ha evaporado a causa de los protagonismos.

Aquel que es familiar de los pobres quiere un mundo distinto. Los pobres son los amigos que nos han enseñado a vivir no para nosotros mismos. Hoy los escuchará. Somos la familia que ve, donde se confunde el que sirve y el que es servido: un pueblo de humildes y de pobres, utilizando las palabras del profeta Sofonías.

En Trastevere –podríamos decir– está nuestro centro: un lugar de oración cada tarde y de acogida, casa de hospitalidad para extranjeros y personas sin casa, comedor para quien tiene hambre no muy lejos del altar de la Eucaristía, refugio y casa de encuentro para la paz. Pero el centro, que es Jesús, vive en cada periferia, allí donde se lee y se vive el Evangelio. De ese modo las periferias se convierten en el centro. En las periferias de Roma, hoy anónimas y descolocadas. Con Jesús, los pequeños, libres de la irrelevancia, hacen historia.

En algunas zonas del mundo hemos visto grandes pobreza, sobre todo la guerra, madre de todas las pobreza. Hemos comprendido que los cristianos tienen una fuerza humilde de paz, que a veces enterramos por miedo. Recuerdo la paz en Mozambique, que se negoció aquí, tras la muerte de un millón de personas. El milagro de la paz es posible para quien cree. No siempre nosotros, los discípulos,

somos capaces de cumplirlo, por nuestra poca fe en la oración y nuestra poca humildad en el diálogo.

Para crear paz y convivencia tenemos la fuerza del diálogo: entre enemigos, pero sobre todo con las religiones, el pensamiento humanista y los fragmentos de vida. Es el sueño conciliar de Pablo VI en la *Ecclesiam suam*: "La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio". Siguiendo ese camino no nos podemos perder; más bien nos hace entrar en la historia.

Con el paso de los años, en Sant'Egidio se han unido no pocos hermanos y hermanas americanos del norte y del sur, africanos y asiáticos, además de los europeos. ¡Piense en ellos y reze también por ellos hoy! Sobre todo por los que viven en situaciones difíciles, como en Pakistán y en Nigeria.

En el contacto con el gran mundo, hemos sentido el cansancio de nuestra Europa envejecida, introvertida, preocupada por ella misma, toda economía que se convierte en avaricia. Es el cansancio de Roma, envejecida, algo enferma, con poca esperanza. Roma es una ciudad donde no se puede estar sin un ideal universal. Universal significa vivir para y con los demás. La introversión ahoga. La propuesta evangélica resuena como liberadora de la decadencia: no vivir para uno mismo, sino para quien murió y resucitó por nosotros, es decir, para los demás.

En el mundo hay mucho dolor: demasiadas injusticias y vidas maltratadas. Su predicación está liberando energías de bien, porque hay que salir con más generosidad, creatividad y amor. Padre Santo, es hermoso ser cristiano. A pesar de las debilidades y las dificultades de la vida estamos contentos y agradecidos. Al Señor, que quiso que fuéramos sus discípulos; a la Iglesia, que es nuestra madre, a nuestros obispos, al papa Juan Pablo II, que quiso que estuviéramos en esta basílica y que nos pidió que continuáramos el espíritu de Asís, al papa Benedicto, que nos visitó con afecto.

Le estamos muy agradecidos también a usted, Padre Santo, porque su presencia y su palabra han revelado que el cristianismo no ha hecho más que empezar: le digo que, desde donde estamos, no queremos dejarle solo, sino más bien empezar de nuevo y seguir el camino de aquella extroversión evangélica que usted indica. Que María, Madre de la Misericordia y de los pobres, cuyo icono le entregaremos, lo proteja.